

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 76

Título de la Mesa Temática: Los usos del pasado en la Argentina: producción historiográfica y debates colectivos acerca de la historia nacional (1850-2010)

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Bisso, Andrés - Cattaruzza, Alejandro

**HISTORIA, POLÍTICA Y FALSIFICACIÓN DE LA HISTORIA EN LOS
SESENTA. ALGUNAS APROXIMACIONES A TRAVÉS DE LA COLECCIÓN
LA SIRINGA. (1959 -1966)**

Blanco, María Julia

(UNR- CONICET)

mjuliablanca@gmail.com

La preocupación por las formas del pasado y la política en la colección *La Siringa* supone examinar las nociones en torno a las cuales se construyeron ciertas visiones de la historia. La manera cómo se enuncian diagnósticos sobre el presente en relación a la historia, y ciertas nociones aparecen, se articulan o se excluyen, así como también los sentidos que se otorgan a estas combinaciones, nos permiten comprender cómo los distintos autores asumen la vinculación entre historia y política, entre pasado y presente, y la función de la historia y del historiador en la revisión del pasado argentino.

La colección de libros *La Siringa* que se menciona en el título configura el recorte del objeto desde el cual explorar los problemas mencionados en el párrafo anterior, al concebirla como un espacio común que posibilita encontrar coincidencias o temas compartidos, un piso común, entre intelectuales que desde trayectorias distintas coinciden en determinado momento de sus itinerarios en un contexto específico.

En esta búsqueda de las coincidencias, de lo que hace posible el diálogo, se encuentran por un lado el universo conceptual o espacio discursivo, y por otro las prácticas comunes, en este caso una empresa editorial. Esta última dimensión fue atendida en un trabajo anterior¹, mientras que aquí nos centraremos en cuestiones que podríamos llamar de contenido. Lo que sí indicaremos respecto a la dimensión editorial es que la colección constituye el corpus a partir del cual exploraremos las representaciones del pasado entendiendo que el sistema de referencias que configura la edición de una colección nos aparta de definiciones a priori sobre una corriente de pensamiento, o sobre la “hibridación” de corrientes distintas.

Con esta última observación estamos aludiendo a que existe una serie de problemas que atraviesan nuestro objeto que no han sido atendidos desde esta perspectiva. Uno de los problemas es el del encuentro entre nacionalismo e izquierda en la década del sesenta: ante las dificultades metodológicas que estos encuentros suponen, nos inscribimos en la reflexión de De Diego cuando afirma que por tratarse de una época de encendidos debates y vertiginosos cruces, no es sencillo aislar el objeto “izquierda”, y es necesario considerar ese objeto en permanente interacción con aquellos con los que se asocia o enfrenta (De Diego, 2010: 396). Es en la búsqueda de estas interacciones que evitamos aislar a priori corrientes de pensamiento, o tomar como punto de partida la idea de

¹ “Algo realmente nuevo está en sus manos, lector. La colección *La Siringa* de la editorial Peña Lillo en la divulgación del pensamiento nacional. (1959 – 1966)”, Jornadas Interescuelas de Historia, Universidad Nacional de Catamarca, 2011.

“hibridación” (Tarcus, 1999: 480; Sarlo, 2007:48) la cual entendería al marxismo y al nacionalismo como dos entidades delimitadas objetivamente, trasladando un fuerte sentido de las fronteras entre ambas, lo que nos impediría comprender la interacción.

Otro de los problemas es el de la existencia de un revisionismo de izquierda o neorrevisionismo, o la vinculación entre revisionismo e izquierda nacional. En un trabajo pionero de Halperin Donghi, los autores que aquí consideraremos aparecen como los “nuevos reclutas” del revisionismo, privilegiando la unidad o continuidad. Sobre la colección que tomamos, Halperin señala que “Esa ampliación del reclutamiento coincide con la aparición de un espíritu más profesional en los aspectos organizativos y comerciales de la difusión del revisionismo. Numerosas editoriales y colecciones ofrecerán en breves volúmenes, a un público siempre ampliado, las producciones de la nueva corriente”, refiriéndose a las colecciones Coyoacán y La Siringa. (Halperin Donghi, 1970: 49) Devoto es quien ha indicado la necesidad de matizar esta idea de unidad, sin que por ello se haya cerrado la cuestión. (Devoto, 2004: 107). Hay que considerar, por otro lado, que el contexto de producción que tomaremos se encuentra signado entre otros rasgos por la expansión de la interpretación revisionista del pasado entre grupos sociales amplios. (Cattaruzza, 2003:169 y sigs.)

Nuestra propuesta es atender el punto de partida para abordar estos problemas. Antes que ubicarnos en una definición previa sobre cuál sería la salida, exploraremos las formas de encuentro concretas que podemos identificar en las obras de un corpus delimitado contemporáneamente: la decisión editorial de incluir las obras en una misma colección. Y en esta demarcación explorar algunas hipótesis nuevas y otras ya planteadas en torno a los problemas que hemos indicado.

Cuestiones de texto y contexto: la Revolución Libertadora

Un primer punto a explorar es la hipótesis de que lo que posibilita un espacio de diálogo a fines de la década del cincuenta son los sentidos otorgados al peronismo, al “hecho peronista”, en el contexto de la Revolución Libertadora. De acuerdo a los autores que se ocuparon del encuentro entre marxismo y nacionalismo en el período, es a partir de este contexto que comienza a percibirse la posibilidad de diálogo entre aquellos que hasta ese momento recorrían trayectorias que no coincidían. Goebel² afirma que fue la

² Los trabajos de Goebel resultan un punto de partida ineludible para la aproximación a las fuentes ya que este autor tiene como objetivo clarificar un número de aspectos que ayude a comprender en general las

situación política después del golpe del 1955 la que acercó a un heterogéneo grupo de escritores en oposición al régimen antiperonista de 1955-58. Para Goebel, tanto la apropiación efectuada por el peronismo como la reformulación marxista del revisionismo histórico sólo se llevaron adelante a partir del golpe a Perón: Aramburu estigmatizando al peronismo como caudillismo, en un vano intento de “desperonización”, mientras que las masas seguían siendo peronistas. Es el caso de la colaboración de Fermín Chávez en la revista “Columnas del Nacionalismo Marxista” (1957) dirigida por Eduardo Astesano, cuando afirma: “hace cinco o seis años hubiese sido más fácil negarles toda colaboración, sin entrar a explicarles a estos compañeros que nuestra condición de nacionalistas nos vedaba todo diálogo [...] Hoy, en cambio, el diálogo se ha vuelto posible, debido, más que nada, a los hechos ocurridos en la Argentina entre estos dos últimos años” (Goebel, 2004: 4).

El contexto a considerar está marcado por ciertos aspectos de la intervención en el campo cultural por parte de la Revolución Libertadora para “desperonizar” la sociedad argentina. Uno de los factores a considerar es el esfuerzo por identificar a Perón con Rosas. Una “Comisión Nacional de Investigaciones” fue convocada por el presidente Aramburu para investigar los “crímenes” durante el gobierno peronista, que resultó en un informe llamado *El libro negro de la segunda tiranía*. A esto debemos sumar la insistencia en presentar a la Revolución Libertadora como continuadora de la línea Mayo- Caseros³. Otro factor es el hecho de que poco después, con la edición del libro *Los vendepatrias*, se plasma la “‘conversión’ pública del propio Perón al revisionismo”, concediendo que la afiliación de los golpistas con la línea Mayo-Caseros era efectivamente cierta. (Cattaruzza, 2003: 170) Era “la línea de traición a la patria”, y con ese mismo movimiento, Perón dotaba de una connotación positiva su identificación con Rosas. (Goebel, 2011, 126)

Goebel indica que, como ningún gobierno lo había hecho antes, los líderes de la segunda fase de la Revolución Libertadora buscaron utilizar la legitimidad que la tradición liberal prometía conferir, tratando de compensar su falta de credenciales

negociaciones discursivas de las diversas franjas de nacionalismo que se llevaban a cabo en el campo de la historia. (Goebel, 2006: 164)

³ Un ejemplo, dentro de las muchas referencias que se hacían en los discursos oficiales a esta tradición: “Estamos alentados por el espíritu de Mayo que dio nacimiento a nuestra patria, asentándola en los principios de la libertad; del espíritu de Caseros, que supo vencer la tiranía consagrando la libertad y haciendo posible la organización institucional de la República”. Discurso del Presidente Aramburu el 3 de febrero de 1956, en *La Revolución Libertadora en 12 meses gobierno*, Buenos Aires, 1956, p. 50.

democráticas. Aramburu y Rojas aprovechaban cada ocasión para presentar a su gobierno como el último refugio de los valores republicanos que se enfrentó a las aspiraciones totalitarias de Perón. Desde mayo de 1957, el gobierno contaba con el periódico *Proclama en la línea de Mayo y de Caseros*, y se incluía esta perspectiva incluso en el programa para la Escuela de la CGT. (Goebel, 2011, 121 y 122)

“¡Flor de revisionistas, estos libertadores!”

Este es el contexto en que se despliega la reflexión de Jauretche a lo largo de su libro *Política Nacional y Revisionismo Histórico*, editado como número 3 de la colección *La Siringa* a partir de los apuntes de dos conferencias dadas en la sede del Instituto Juan Manuel de Rosas y en la filial “Fuerte Federación” de Junín, en 1959.

Goebel ha llamado la atención sobre el poco interés en la historia que Jauretche había mostrado antes de 1955, mientras que aquí podremos ver que le otorga centralidad. ¿Por qué este nuevo interés? Para Jauretche, lo que pone en evidencia la Revolución Libertadora significa un nuevo punto de partida para la visión histórica revisionista. La ofensiva liberal marca un nuevo objetivo para el cual Jauretche busca contribuir: “que esto no pueda suceder de nuevo”. (1959: 65)

La preocupación principal que se articula en el texto es la de la vinculación entre la comprensión del presente y el conocimiento del pasado, y ese presente de Jauretche es el de la Revolución Libertadora, una contemporaneidad que se extiende hasta el momento en que escribe, sobre la que podemos encontrar en múltiples referencias. La proximidad de la experiencia de la Revolución Libertadora y la continuidad de algunos aspectos impuestos desde 1955 marcan el “presente” de su argumentación.

Ese presente es el de la experiencia de la falsificación de la historia. Los esfuerzos realizados por la Libertadora evidencian una voluntad sistemática de falsificar la historia. La falsedad no tiene que ser probada por el autor, es evidente, real, palpable, en ese presente, allí donde sus “propulsores” insisten y el “pueblo” no les cree. “Con esta línea Mayo-Caseros” se lograron los resultados inversos a los esperados, provocaron la comprensión de la verdad. Los esfuerzos de la Revolución Libertadora constituyen una antihistoria que provoca a quienes la sufren la comprensión del estrecho vínculo entre el pasado y el presente, es una puesta en evidencia de la realidad de la falsificación, y en este sentido para Jauretche los libertadores resultaron ser “flor de revisionistas” (1959: 34).

El vínculo entre pasado y presente será entonces el de un largo proceso de falsificación de la historia. “La última tentativa de confusión ha sido la de taponar el conocimiento histórico con la línea Mayo – Caseros. El resultado imprevisto para sus autores ha sido el de poner en evidencia de manera definitiva la ligazón de su política de la historia con la política de la antinación, antes como ahora” (1959: 60). La línea Mayo – Caseros constituye para Jauretche el último de los ataques que sufrió la realidad nacional a lo largo de la historia argentina, veamos entonces cuál es la historia de esta falsificación y cómo la construye.

La falsificación de la historia y la historia falsificada

Para Jauretche, ante esta situación, “No basta decir, por ejemplo, que los vencedores de Caseros y su más alta figura en la materia, Bartolomé Mitre, construyeron una historia falsa y que la desfiguración es el producto de la simple continuidad de una escuela por ellos fundada.” (Jauretche, 1959, 7).

Detengámonos en esta concesión. Se concede, tomando la palabra de un otro no identificado, que aunque es cierto que los vencedores de Caseros construyeron una historia falsa, esta afirmación no es suficiente. Si nos preguntamos quién afirma o afirmaba que la historia falsa fue construida por los vencedores de Caseros y que luego simplemente se reprodujo, Jauretche parecería referirse a un sentido común, a una idea no sostenida por un sujeto específico. Sin embargo, podemos identificar en la negación de Jauretche la tesis de Ernesto Palacio en su libro *La Historia Falsificada* de 1939, reeditada como número 6 en *La Siringa* en 1960. Una negación implícita de lo dicho por Palacio que nos remite a una polémica.⁴

Según Palacio, las falsedades se debían a que la historia era tributaria de la escrita por los vencedores de Caseros y no se había actualizado desde entonces. Se trataba de una historia que al no revisarse carecía de una relación viva con el presente, y el resultado problemático para ese presente de Palacio en 1939 era que la historia falsificada perjudicaba la formación y la identidad de los argentinos: basada en falsas nociones pasadas, no despertaba el interés de los estudiantes en el presente – “la verdad del siglo pasado no les sirve” a las nuevas generaciones-; Mientras que en términos identitarios,

⁴ La negación siempre es polémica porque el acto de negar supone negar lo que fue dicho por otros. Se trata de una de las formas de polifonía en el discurso, ya que en la negación el enunciador principal sostiene la voz de un otro que afirma. Ver: Filinich, María Isabel, “El sujeto de la enunciación”, en *Enunciación*, Buenos Aires, Eudeba 1998, p. 47. y Ducrot, Oswald, “La autoridad polifónica”, en *El decir y lo dicho*, Buenos Aires, Hachette, 1984.

lo más grave era que esa falsedad negaba o escondía la filiación española y por ello provocaba ignorancia sobre la identidad verdadera: impedía a los argentinos saber que eran hijos de España. Se trataba de una conciencia histórica ligada a la conciencia del ser que se encontraba obturada.

El problema para Jauretche, en cambio, es más profundo, y por ello considera que ya no es suficiente lo señalado en su momento por Palacio. Jauretche denuncia que hay una intencionalidad y una sistematicidad en la falsificación de la historia. La falsificación no fue llevada a cabo por una escuela histórica, porque una escuela histórica “no puede organizar todo un mecanismo de la prensa, del libro de la cátedra, de la escuela, de todos los medios de formación del pensamiento, simplemente obedeciendo al capricho de su fundador. Tampoco puede reprimir y silenciar las contradicciones que se originan en su seno, y menos las versiones opuestas que surgen de los que demandan la revisión.” (1959: 7). No es un problema de historiografía, entonces, sino de un universo mucho más amplio. La evidencia obligaría a admitir que hay algo más que una escuela formada por Mitre.

Es importante reconocer que en Jauretche el eje se corre desde la constatación de una historia que había sido falsificada, hacia la noción de la falsificación de la historia.⁵ Recordemos que el sufijo *-ación* se utiliza para denominar el proceso y el estado final resultante de ese proceso. Tiene un valor dinámico, es decir, designa un devenir, y como sufijo de acción, presupone un agente, que tanto puede confundirse con la acción misma y volverse autónoma, como puede remitir a un factor determinante. (Starobinski, 1999: 12-13). Jauretche recurre también con este sentido a los términos “desfiguración” y “deformación” de la historia: la desfiguración de la historia no es una accidental acumulación de inexactitudes sino que es una deformación transmitida de generación en generación, en un proceso secular. Mientras que Palacio, veinte años antes, se refería a alternativamente a “esa historia [o interpretación histórica] heredada”, es una “historia convencional” que “escrita para satisfacer propósitos políticos ya perimidos, huele a cosa muerta para la inteligencia de las nuevas generaciones”, una “historia oficial” “fraguada para servir los intereses de un partido dentro de un país”. Un “bagaje”. (Palacio, 1960: 39-41). El apartado de su libro llamado específicamente “La historia

⁵ Con esta observación no estamos afirmando que existe un desplazamiento que reflejaría cambios en las formas de entender la historia falsa entre la década del treinta y la del sesenta, sino simplemente buscamos identificar los sentidos dados a los términos en esta polémica, es decir, la manera en que Jauretche se apropia de una noción y la resignifica.

falsificada” (el libro está formado por distintos artículos) se refiere a la historia que se enseña: si hay una noción más o menos cercana a la de falsificación en el presente se refiere a la que se lleva adelante en la escuela primaria a partir de textos que son “verdaderas caricaturas”. Pero la preocupación es por la reproducción sin revisión, por las “cosas que se le dicen a los niños, en la época en que se grabarán en el cerebro de manera indeleble y serán aceptadas como dogmas para toda la vida”. (1960: 52).

En comparación, “las cosas que se le dicen a los niños” en el presente de Jauretche es un problema diferente a la reproducción de saberes falsos. Una de las evidencias de la falsificación intencionada y sistemática que denuncia es lo que “ocurre en la escuela donde la falsa historia recibe nuevas inyecciones de la aún más falsa “educación democrática”⁶. Identificando un elemento concreto con una intención concreta. (Jauretche 1959: 50)

Volviendo al texto de Palacio, los fines de la historia falsificada respondían a los del siglo anterior, por lo que los adversarios del presente no tienen la misma entidad que sus predecesores. La historia “impuesta por Mitre y López, tiene ahora por paladín al doctor Levene” (Palacio, 1960: 40). Levene, adversario en el presente de Palacio, asoma sólo como el defensor de una historia que ha sido producida en el siglo XIX. En su presente habría sólo reproductores, no productores con intereses propios. Los intereses detrás de la historia falsificada que pertenecían al siglo pasado habían instaurado un sistema de valores según el cual fueron apartadas la herencia española y la figura de Rosas. “Era natural que no bastara con falsificar los hechos históricos. Fue necesario subvertir también la jerarquía de los valores morales y políticos”: se exaltó al prócer de levita frente al caudillo de lanza, al “civilizador” frente al “bárbaro”. (1960: 41). Esos reproductores de la “historia oficial” son en todo caso ignorantes: “La grandeza de Rosas es evidente y quienes no la perciben padecen de incapacidad para percibir la grandeza en general” (1960: 44).

⁶ Dentro de la “Comisión Nacional de Investigaciones” que mencionábamos al comienzo, una subcomisión “investigó” lo acontecido en la UES durante el gobierno de Perón para hacer un diagnóstico sobre los efectos del peronismo en la juventud, que se incluyó en *El Libro Negro de la Segunda Tiranía*. La Libertadora dispuso como respuesta inmediata incorporar la materia “Educación Democrática” en la currícula de todos los niveles escolares “para salvaguardar el espíritu cívico de las nuevas generaciones”. En el caso de la escuela secundaria, los contenidos se centraron en la dicotomía totalitarismo – democracia, caracterizando al peronismo argentino como un ejemplo de los regímenes totalitarios históricos. Esta materia se dictó en las escuelas desde 1956 hasta 1973. Ver: Manzano, Valeria, “Construyendo un lugar para la juventud: discursos y representaciones sobre juventud y adolescencia, 1953—1965”, ponencia presentada en las “Primeras Jornadas de Investigación ‘Los 60 de otra manera’”, UdeSA e IDAES, Octubre de 2008.

Para Jauretche, en cambio, el proceso de falsificación y el resultado final de ese proceso, que continua al menos hasta la Revolución Libertadora, constituyen el de la exclusión de la sociedad, los movimientos de las multitudes, la realidad económica y geográfica, además del problema de las conciencias. En este sentido, persiste la idea de que la historia falsificada impide la conciencia histórica, pero se añade, por un lado, que provoca el ocultamiento de una realidad social, económica y geográfica del presente, y por otro, que esa falta de conciencia es problemática porque se la necesita para llevar adelante acciones políticas presentes y futuras. La falsificación tiene un propósito activo desde Caseros hasta el presente, y es que persigue impedir no sólo que se conozcan los datos de la realidad, sino también que se sepa (o que se pueda pensar) qué hacer al respecto. En este sentido, para Jauretche hay y son claras las implicancias políticas de la falsificación, constatación que no estaba presente en la historia falsificada de Palacio como problema.

La falsificación como reveladora de la autenticidad

Según Goebel, una estrategia común en la escritura de los revisionistas populistas era establecer un sistema de puntos de referencia que se explicaban mutuamente. Uno de los casos sería la íntima relación entre historia y política en sus escritos, que mutuamente se legitimaban y explicaban la una a la otra. “Según Jauretche, por ejemplo, una política nacional era conducente a una revisión de la historia del mismo modo que el revisionismo histórico supondría una política nacional”. (Goebel, 2006: 174)

Aquí, quisiéramos devolver el “presente” de su escrito a las referencias contextuales que da en su argumentación, afirmando que la vinculación entre pasado y presente, entre historia y política, y la función de la historia, adquieren sentido a partir de cómo entiende la noción de falsificación de la historia.

Comparando ambos textos una vez más, en el texto de Palacio, ante la historia falsificada lo que desde el revisionismo se debía hacer era el “trabajo de restauración de la verdad”, la “restauración de los valores menospreciados”, y “la glorificación – no ya la rehabilitación del gran caudillo que decidió nuestro destino” [en referencia a Rosas]. (1960: 45) Al centrar el problema en la educación o formación, y el “saber quiénes somos”, el cambio fundamental pasa por algunas reformas necesarias, especialmente restablecer la vinculación filial con España en la producción historiográfica, pero no aparece una urgencia de cambios en términos políticos (1960: 52). La solución al

problema en definitiva es “la glorificación de Rosas” que “señalará el despertar definitivo de la conciencia nacional. (...) Rosas nos hace amar la patria misma” (1960: 46)

Jauretche invitaba en cambio a escribir una historia al servicio de una política nacional, que al mismo tiempo definía como “la historia verdadera que es el objeto del revisionismo histórico por encima de las discrepancias ideológicas”. Parafraseando a Hegel, llegaba el momento de síntesis, luego de la tesis y la antítesis. De hecho organiza su texto de acuerdo a estos distintos momentos-capítulos: el primer momento es el de “La falsificación como política de la historia”, el segundo de “La revisión histórica y el nuevo momento nacional”, y el último “La historia como base de la política nacional”.

Aunque aclara que la falsificación de la historia no merecería la entidad de “tesis”, utiliza este esquema en su explicación del nuevo momento de la conciencia histórica argentina y las perspectivas de futuro. El “nuevo momento nacional” es el de la conciencia histórica del pueblo que no permite el olvido de Perón en ese nuevo “Caseros”, como sí sucedió con “el ciclo de Rosas se cierra con la aniquilación total de la época que le precede. En cambio en el caso reciente le ha sido imposible a la oligarquía liberal y a los intereses extranjeros que representa la abolición del proceso en marcha; y el triunfo del revisionismo en el campo del pensamiento histórico es uno de los aspectos de la permanencia definitiva de la Nueva Argentina, asentada en la nación y en el pueblo”. (Jauretche, 1959: 52)

Este momento, esta novedad, es lo que obliga a los historiadores que “Evitemos posturas melancólicas y sueños de restauración”, quizás de nuevo en referencia a Palacio, pero que en todo caso pertenecían a un momento anterior, de antítesis a la falsificación de la historia. Esta nueva conciencia histórica es la conciencia sobre la historia de la antinación. El “pueblo” comprende el sistema de la falsificación de la historia. Hubo un triunfo luego del último intento de imposición de lo falso con la línea Mayo-Caseros y es el de la comprensión de la verdad sobre la realidad nacional, lo que lo lleva a describir este momento histórico como “el fin de la edad de la fábula y la novela” [en referencia a Croce] (1959: 36)

Para el autor la polaridad era propia de la historia falsa, y del enfrentamiento que el revisionismo había llevado adelante hasta el momento, no ya de lo que la historia revisionista debía ser en el futuro. El revisionismo había aportado los elementos

necesarios para enfrentar la falsedad, pero lo que ha cambiado es que “el pueblo ordenó esos materiales, aportando un presente vivo”. “El factor decisivo del triunfo de la revisión histórica ha sido a nueva realidad del país”. Esa realidad según Jauretche le ha permitido al revisionismo encarnarse en la conciencia pública.

Jauretche aparece como testigo de una conciencia histórica que nunca hubo antes, ni siquiera durante el irigoyenismo y peronismo - esta falta incluso permitiría comprender sus debilidades y caídas. Ante el “Caseros” de la Revolución Libertadora, “el pueblo ha establecido con facilidad las relaciones de la política con la historia y el por qué del empeño en desfigurarla y crear en el tiempo soluciones de continuidad, espacios vacíos en los que el país parece no haber existido, precisamente porque existió en su plenitud soberana, que es lo que se pretende ocultar. Es la cuestión de la “patria grande” y la “patria chica” que quiere taponar a aquella.” (1959: 3)

“Caseros” como metáfora de la historia de la antinación

La cuestión de la “patria grande” y la “patria chica” en la explicación histórica de Jauretche nos remite al lugar de Caseros en esa misma explicación. Caseros había sido el inicio de la falsificación de la historia para Palacio por un motivo que obedecía a la lógica política propia de aquel momento del siglo XIX: los vencedores escribieron la historia ocultando al vencido e imponiendo un sistema de valores liberal. (Palacio, 1960: 40 y sigs.)

Lo interesante a señalar es que “Caseros” permanece en la interpretación de Jauretche como punto de referencia de la falsificación de la historia aunque a partir de su caracterización del presente como momento de síntesis, la tarea del revisionismo ya no es, o no debe ser, rehabilitar a Rosas: “la síntesis a su vez se convierte en tesis y origina la antítesis que nacerá de su propio seno, inaugurando el nuevo debate histórico en el seno del revisionismo, uno de cuyos temas puede ser la contradicción entre Buenos Aires y el Interior en la época de Rosas, por ejemplo, en cuanto este actúa como síntesis en lo nacional y como tesis en cuento porteño” (1959: 51). Aunque la figura de Rosas es central, y por ello recibe y recibirá distintas interpretaciones, no es una figura a restaurar, rehabilitar, glorificar, como podemos identificar en el caso de Palacio. Entonces, ¿Por qué Caseros?

Caseros en la interpretación histórica de Jauretche no es el de la derrota de Rosas, sino la metáfora del triunfo del Buenos Aires de Mitre sobre la Nación. Es un primer Caseros

que recibe contenidos que permitan referenciar el Caseros de la Revolución Libertadora. El nuevo Caseros se comprende en un esquema explicativo que extiende hacia el pasado el triunfo de la patria chica sobre la Patria Grande, del sometimiento de la Patria Grande. Es Buenos Aires sometiendo a la Nación en aquel momento, y siempre.

Los “Caseros” según Jauretche fueron tres, el primero, histórico, representa la vuelta a la política unitaria de desintegración de la nación americana: Mitre será quien complete esa política de la desintegración, y la guerra con Paraguay cerrará definitivamente las posibilidades de integración. Es el triunfo “la concepción de factoría” para la que Caseros sienta las bases. La política del país dejó en Caseros de ser una política nacional, de la patria grande, para convertirse en la de la patria chica, cabeza de puente europea en el espacio americano. (1959: 64). “Una política nacional supone una idea de Patria Grande. (...) Es lo que intentan dos episodios políticos de este siglo que comienzan en 1916 y 1945 y que sufren cada uno sus Caseros”. Habría entonces dos “Caseros” más, en 1930 y 1955, y los tres son explicados “en función de una política general contra la Patria Grande, es que lo que se intentó no es una sustitución de los hombres o de los partidos gobernantes, sino la restauración de las condiciones antinacionales y antipopulares que habían sido creadas en el primer Caseros y vencidas en 1916 y 1945.” Jauretche encuentra el sentido histórico de la Libertadora en un arco que atraviesa toda la historia argentina.

La noción de falsificación de la historia en la construcción del relato histórico

Neiburg ha llamado la atención sobre lo que él llamó la versión pendular de la historia en las obras de Jauretche, Ramos y Hernández Arregui en un momento en el que un amplio espectro de intelectuales interpretaban el presente argentino a partir de la noción de las dos argentinas, retomando la tradición ensayística que había postulado su existencia (Neiburg, 1998, 112).

Nuestra intención aquí es poner en la relación la construcción de ese relato pendular y la existencia de las dos argentinas, con las nociones que trabajamos en los apartados anteriores: la falsificación de la historia y Caseros relacionado a la mirada sobre el presente.

Goebel señaló sobre los distintos autores que se podrían agrupar dentro del revisionismo de izquierda o neorrevisionismo que, aunque no acordaban en qué símbolos o figuras exaltar, sí coincidían en quién era el enemigo: el mitrismo, la conspiración de silencio,

la falsificación de la historia, la historia falsificada, la penetración ideológica y cultural (Goebel, 2011: 114 – 115). A partir de la hipótesis de Goebel, respecto a que la idea de penetración imperialista o dominación foránea ligada a la de corrupción de la conciencia nacional constituye un factor explicativo presente en los relatos históricos de los distintos autores pertenecientes al amplio campo de encuentros entre el marxismo y el revisionismo, exploraremos dentro de la colección los distintos modos en que se presentaba y se articulaban estas representaciones en las obras de la colección.

Ya observamos algunos desplazamientos entre la historia falsificada y la falsificación de la historia, pero veamos en otros autores que se dedican a la interpretación histórica, no ya a una reflexión sobre el saber histórico, si la caracterización del adversario discursivo, responsable de la distorsión, nos permite encontrar sentidos comunes. Jauretche y Palacio buscaron responder cuál es el sentido de la historia y el rol del revisionismo, y abordaron estos problemas desde un punto de vista teórico e historiográfico, por lo que constituyen fuentes especialmente valiosas para el análisis que hemos propuesto hasta aquí, sin embargo exploraremos los sentidos que puedan desprenderse de otras obras aunque no se dediquen al tema.

Podemos encontrar que otras obras de la colección orientadas a la interpretación del pasado – no ya a la reflexión sobre la historia-, en consonancia con lo expresado por Jauretche, vinculan el saber histórico con la política nacional. Uno de los casos es el de Jorge Abelardo Ramos quien se dirige a sujetos específicos que necesitan conocer la historia verdadera para llevar adelante una política nacional. En el caso de la obra que forma parte de la colección, *Historia Política del Ejército Argentino*, son los jóvenes oficiales del ejército argentino los que deben “saber que existieron dos tradiciones, dos ejércitos, uno de semicolonias, faccioso, y uno nacional antiimperialista”. Incluye un programa político para los jóvenes oficiales a partir de este saber, que será: “abrazar en este período los principios: la tesis del proteccionismo industrial y el impulso de la industria pesada, la participación de la clase obrera en los asuntos públicos y en el gobierno del Estado, la unidad nacional de América Latina, según la tradición sanmartiniana, la revalorización de la historia argentina adulterada por la oligarquía y el restablecimiento de la tradición popular del ejército nacional.” (Ramos, 1959: 73).

La noción de “falsificación de la historia”, por otra parte, se expresa en estos mismos términos como así también en el de “la adulteración maliciosa de la historia argentina”, en la que incluye la historia del Ejército. Para Ramos la responsable de la falsificación

es la oligarquía porteña, “que a pesar de las derrotas que ha sufrido desde la aparición de Roca e Irigoyen en el proceso político nacional, conservó sin embargo el predominio intelectual en la formación de las nuevas generaciones desde Caseros”. (Ramos, 1959: 49). Encontramos en las reflexiones de Ramos sentidos equivalentes a los de Jauretche sobre el adversario en términos de continuidades y responsables, e igualmente alejado de Palacio. La escritura de la obra, del mismo modo que su obra anterior *Revolución y Contrarrevolución en Argentina*, alterna entre dos instancias contradictorias que se repiten para caracterizar un ejército nacional y uno de facción, representándose el proceso histórico como un movimiento pendular que se corresponde con momentos de preeminencia de y de retracción de Buenos Aires, construyéndose la tradición alternativa San Martín – Roca – Perón a “la milicia facciosa al servicio de Buenos Aires y su burguesía portuaria”. (Ramos, 1959: 76).

Alberto Belloni en *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, exhibe este mismo sentido de la historia para una política nacional en la introducción y en la conclusión de la obra. En la introducción “Pasado y futuro del proletariado nacional”, el pasado heredado por la clase obrera, sobre el cual el autor hará referencia sólo al comienzo y al final, es el de la tradición popular y nacional que se ha recuperado el 17 de octubre. “Los trabajadores argentinos asumen con orgullo toda la herencia del pasado nacional. Se reconocen en los metalúrgicos del Ejército de los Andes que fundieron los cañones de la revolución americana, y en los artesanos de las provincias interiores que cambiaron el telar por la lanza en las guerras civiles, y en los soldados gauchos que empaparon la ancha tierra con su sangre desde Mayo hasta la conquista del Desierto, para unificar el país y recibir como recompensa ser borrados de la historia oficial”. (1960, 71-72) Considerando que “hace cuatro años que la clase obrera se desgarró en una lucha que aún no ha encontrado una acertada dirección” (1960:68), Belloni, en la vinculación entre conocimiento de la historia y política nacional, también se dirige a un destinatario particular, en su caso a la clase trabajadora peronista: “Al peronismo sindical le toca la hora cruel de la verdad. En los países semicoloniales o influye el imperialismo o influye la burguesía nacional sobre los sindicatos a menos que estos últimos abracen el camino de un programa revolucionario y echen sobre la balanza de la política nacional su inmenso peso. Que esta última salida sea la que elija nuestra clase trabajadora no puede ser sino la más ferviente aspiración del militante que ha escrito este libro.” (1960:72)

Tanto para Ramos como para Belloni, la preocupación por el pasado busca respuestas al proceso abierto luego de 1955 en torno al papel que les queda a las organizaciones sindicales, a la izquierda y al ejército después del hecho peronista.

Otras posturas no nos permiten descubrir este grado de semejanzas. Es el caso del optimismo rankeano de José María Rosa – convencido de que la acumulación de documentos era suficiente para demostrar cómo habían sido en realidad sus protagonistas, (Goebel, 2006:170) se comprueba en el libro *El pronunciamiento de Urquiza*, en el cual la presentación de fuentes brasileñas y en su idioma original se realiza para demostrar al lector qué intereses estaban detrás del derrocamiento de Rosas. La argumentación se basa en que no se conoce la operación llevada a cabo por el imperio de Brasil contra Rosas, en la que Urquiza fue sólo “el auxiliar instrumentado y pagado del imperio” (Rosa, 1961:70). La presentación de las fuentes extranjeras por parte del autor serviría para conocer la verdad sobre Urquiza, sin que el autor considere necesario explicitar cómo se ha dado el ocultamiento; el problema sería más bien que simplemente no hubo acceso a la documentación probatoria de qué fue lo que efectivamente sucedió.

En el texto de Astesano, *Rosas: bases del nacionalismo popular*, no aparece una denuncia de falsificación u omisión en el relato histórico. Esto puede deberse en parte a que la mirada está puesta en lo económico y no en aspectos culturales de la penetración imperialista, la opresión denunciada es la de Inglaterra y Francia “que buscaban el control de nuestro desarrollo capitalista”. Si encontramos alguna idea de ocultamiento histórico, está sometida a las leyes de desarrollo económico. Las masas, “los de abajo, aplastados por la opresión política y la explotación económica”, “se levantan junto a los sectores burgueses que dirigen la acción política (...) Logran mantenerse durante un tiempo en la escena histórica para luego volver a la zona de la producción, a la que históricamente están condenadas en la etapa capitalista de la humanidad.” (1960: 56-57) La aparición del pueblo en la historia es consecuencia de haberse levantado en armas junto a los sectores burgueses. Como contracara, “En Caseros no sólo se cortó una forma de desarrollo capitalista nacional. También desaparece el pueblo de la escena histórica y se agota una etapa de revolución popular que las montoneras y el rosismo representaban.” El “estar en la historia” de las masas se asocia a la etapa de desarrollo en que se encuentran. (1960: 69) El Caseros histórico del análisis de Astesano no se referencia en la continuidad hasta a un Caseros actual, sino que se busca introducirlo en

su significación dentro del desarrollo capitalista argentino. (1960: 54-55) No es novedoso encontrar que no hay un relato pendular en el escrito de Astesano, pero quizá es importante señalar que el sentido otorgado a Caseros también lo muestra alejado de las nociones de antinación vinculadas a la falsificación de la historia, y hay incluso sentidos más cercanos al de una historia que había sido falsificada. Hacia el final de la obra indica que los “historiadores unitarios” que “siguieron el camino de Mitre sólo han podido percibir el contenido progresista y popular de las dictaduras aristocratizantes” desconociendo la forma más democrática de las democracias [un orden que beneficia a “los de abajo”] (1960: 74)

En la obra *Sarmiento, mito y realidad* de Marcos Rivas, el objetivo del texto según el autor es el de transmitir la verdad histórica sobre Sarmiento. El autor se preocupa por dismantelar una deformación histórica que considera principal, y es la de “Maestro de América, Genial Educador, Padre del Aula”. “Un acopio de anécdotas de hipotética autenticidad constituyeron el origen de esta admiración casi fanática, resultante en una de las más singulares deformaciones de la verdad histórica”. La preocupación es por las imágenes de Sarmiento que se transmiten en la escuela primaria, por el culto a Sarmiento por parte de las maestras argentinas, y Rivas busca demostrar que los esfuerzos de Sarmiento por la educación no fueron excepcionales ni más valiosos que los realizados antes y después. Se trata de una deformación puntual reproducida en las escuelas, sobre la que no se identifican intenciones.

En la obra de Fermín Chávez: *Alberdi y el Mitrismo*, es de interés focalizarnos en esta última noción: el mitrismo. La “posteridad mitrista” había hallado la manera de hacer suyo a Alberdi, y así “aparece asimilado al mitrismo políticocultural”, “tal es la imagen de Alberdi que nos brindó la cultura oficial” (1961: 7-8), que se ha hecho patente en los días de su sesquicentenario, ante el hecho de que en la Argentina oficial ha estado visiblemente ausente del grande y justo homenaje que el pensador merecía. El autor procura demostrar que existe otra tesis sobre Alberdi, es la que sostiene que fue el primer refutador del mitrismo politicocultural y simultáneamente el gran perseguido de la organización “Mitre, Sarmiento y Cía.” La tarea que se propone Chávez es entonces dar a conocer los escritos de Alberdi, ya que lo sustancial de su pensamiento es desconocido para la mayoría de los argentinos. Esto sucede porque la cultura y la educación son creaciones de la política y ésta ha sido una sola desde 1860. Se ha ocultado que “en el vasto conjunto de las Obras Completas y los Escritos Póstumos

alberdianos un setenta u ochenta por ciento de los textos son antimitristas”. “Solamente por ignorancia o mala fe” se puede sostener que Alberdi, Mitre y Sarmiento son, política e ideológicamente, la misma cosa. Al finalizar la introducción, el autor indica que la obra de Alberdi “debe ser rescatada de la caverna de confusión y mistificación a la que ha sido llevada por sus antagonistas, para que las nuevas generaciones no hallen en el ilustre tucumano tan sólo el autor de la incompleta frase “gobernar es poblar” y al detractor del nativo”. Antes que la idea de una historia falsificada sistemáticamente, aparece en el texto de Chávez la de una imagen falsa construida alrededor de un personaje histórico, del cual se ocultó gran parte de su legado debido a su postura contraria a Mitre. (1961: 12)

Ortega Peña y Duhalde, en *El asesinato de Dorrego; poder, oligarquía y penetración extranjera en el Río de la Plata*, son los autores que más enérgicamente enfatizan la vinculación entre pasado y presente, con la particularidad de que en vez de relacionar a Caseros con el presente, reconocen “revoluciones libertadoras” en el pasado. Sobre el fusilamiento de Dorrego, “el fusilamiento del mártir nacional era el primer ejemplo alucinante de la violencia que el régimen desencadenaría permanentemente, a lo largo de nuestro proceso histórico, contra los integrantes de los movimientos de masas nacionales” (1965: 71). “El general Juan José Valle, que como Dorrego sabría aceptar con honor la injusta sentencia de la oligarquía, y Felipe Vallese, obrero peronista, serían los símbolos más notables de la larga lista de perseguidos y asesinados en nombre de una “revolución libertadora” que como la de Lavalle, tenía por único objetivo entregar nuestra Patria al vasallaje internacional. Tras el asesinato de Dorrego, crimen que la historia hecha por el pueblo no justifica ni justificará jamás, se descubre una experiencia aleccionadora en la guerra total que el pueblo ha decretado contra sus enemigos” (1965: 73). Por otra parte, a su vez se rescata del olvido a una figura que ha sido ignorada tanto por la historiografía liberal como la revisionista, diferenciándose los autores de ambas tradiciones. “Los primeros han exaltado su vida militar o han llorado lágrimas de cocodrilo. Los revisionistas se han detenido momentáneamente en la caída de Dorrego con el objeto de atacar a Rivadavia y a Lavalle, y en última instancia ha sido sólo una “transición” patriótica hacia el gobierno nacional de Juan Manuel de Rosas. Este descuido no es casual si se tiene en cuenta que la figura de Dorrego resulta clave en nuestro proceso histórico-político”. (1965: 9)

Reflexiones finales

Alrededor de la noción de historia falsificada se articulan problemáticas del presente con la necesidad de revisión del pasado. Esto no es nuevo en el período que tomamos, está presente tanto en quienes escriben en el contexto de la Libertadora como el caso de la obra de Ernesto Palacio en 1939, y por otro lado tampoco es una singularidad de estos autores, los historiadores se han acusado entre sí de falsificación en distintas épocas y por diversos motivos. Sin embargo, los sentidos nuevos dados a la noción de historia falsificada a partir de la experiencia de la Libertadora nos permiten comprender los sentidos específicos de un momento histórico, y al mismo tiempo cómo se articula la revisión del pasado a la necesidad de salidas políticas, lo cual merece una reflexión aparte.

En el presente de Jauretche hay una batalla ganada en el campo de la historia que permite esperar que ocurra lo mismo en el político. No se trata de esperar un nuevo movimiento del péndulo hacia el polo positivo sino de una evidencia de las posibilidades que se abren con la “nueva conciencia histórica del pueblo”. A partir de este momento, entonces, el rol del historiador ya no es denunciar o evidenciar las falsificaciones, esto ya no es necesario, sino de guiar una política nacional a partir del conocimiento histórico verdadero. Este rol es el que vemos contemporáneamente buscando asumir a Jorge Abelardo Ramos y a Alberto Belloni en la escritura de sus obras. El rol del historiador y el político se confunden en estos autores, coincidan o no en cuál es la política a ser llevada adelante. Encontramos entonces que lo que se rastrea en el pasado no es “una promesa siempre frustrada” (Halperin Donghi, 1996: 124), sino que para estos autores en el presente se vislumbran promesas nuevas como nunca antes.

Pero en el caso de otros autores que convivían en una misma biblioteca, estas certezas no son tales, evidenciándose en algunos casos posturas más firmemente ancladas en lo postulado por Palacio en 1939.

Goebel ha indicado que la idea de que el liberalismo había causado el ocultamiento de las auténticas y profundas esencias de la identidad nacional era el punto que los nuevos revisionistas tomaban de sus predecesores “autoritarios”, y en ambos casos afirmaban rescatar del olvido una Argentina real, auténtica, que había permanecido invisible. Como vimos, en Palacio no está exactamente esta idea, lo cual nos permite complejizar la mirada. Se había ocultado a Rosas y los valores que representaba, pero para Palacio

no se había ocultado a la Argentina real. Se la desvalorizaba frente a lo europeo, pero no se vivía en la falsedad, en la irrealidad, como lo denuncia Jauretche y lo despliega hacia el pasado. La idea de una realidad oculta vinculada a la de las dos argentinas, adquiere relevancia más bien a partir de su constatación de la falsificación de la historia en el presente y de la experiencia de un nuevo “Caseros”.

Si el golpe de Aramburu es un nuevo Caseros, se resiste la imagen de un Caseros “que supo vencer la tiranía consagrando la libertad y haciendo posible la organización institucional de la República”, contraponiendo una imagen de Caseros como símbolo de la antinación. Basta con poner ejemplos de falsificaciones del presente para establecer una idea de continuidad y de sistematicidad a lo largo del proceso histórico. Consideramos que uno de los puntos más importantes a tener en cuenta es el contexto de producción de cada obra ya que mientras la obra de Palacio se escribe un momento de retroceso del liberalismo, del ideal liberal como fracaso; el resto de las obras de *La Siringa* se producen después de la “avanzada” liberal de la Revolución Libertadora, asentada en la línea Mayo-Caseros y en la proscripción del peronismo. Estos disímiles contextos de escritura y de publicación de las obras afectan el sentido y el contenido de las mismas, ya que, como vimos, para los autores la historia es siempre presente.

Bibliografía

- Cattaruzza, Alejandro, (2003) “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza,
- De Diego, José Luis, (2010), “Los intelectuales y la izquierda en la Argentina (1955 – 1975)”, en Altamirano, Carlos (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, T II, Buenos Aires: Katz, pp. 395-416.
- Devoto, Fernando, (2004) “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en Devoto, F. y Pagano, N. (eds.) *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires: Biblos
- Ducrot, Oswald, (1984), “La autoridad polifónica”, en *El decir y lo dicho*, Buenos Aires: Hachette
- Filinich, María Isabel, (1998), “El sujeto de la enunciación”, en *Enunciación*, Buenos Aires: Eudeba
- Goebel, Michael, (2004) “Clase y nación en las narrativas históricas del nacional-populismo, 1955-1973”, en III Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad, Rosario.
- Goebel, Michael, (2006), "Marxism and the revision of Argentine history in the 1960s", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, no. 1 161-184.

Goebel, Michael, (2011), *Argentina's Partisan Past. Nationalism and the Politics of History*, Liverpool: Liverpool University Press

Halperin Donghi, Tulio, (1971), *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires. Siglo XXI

Halperin Donghi, Tulio, (1996), "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en *Ensayos de Historiografía*, Buenos Aires: El cielo por asalto

Manzano, Valeria, (2008), "Construyendo un lugar para la juventud: discursos y representaciones sobre juventud y adolescencia, 1953—1965", ponencia presentada en las "Primeras Jornadas de Investigación 'Los 60 de otra manera'", UdeSA e IDAES.

Neiburg, Federico, (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires: Alianza

Sarlo, Beatriz, (2007) *La batalla de las ideas*, Buenos Aires: Emecé

Starobinski, Jean, (1999) "La palabra civilización", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual* N° 3, pp. 9-36.

Tarcus, Horacio, (1999) "El corpus marxista. 1955-1976", en *La irrupción de la crítica*, vol. 10 de *Historia crítica de la literatura argentina*, Emecé: Buenos Aires; pp. 465 - 500

Fuentes:

Astesano, Eduardo, *Rosas: bases del nacionalismo popular*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1960

Belloni, Alberto, *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1960

Chávez, Fermín, *Alberdi y el mitrismo*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1960

Jauretche, Arturo, *Política Nacional y Revisionismo Histórico*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.

Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis, *El asesinato de Dorrego; poder, oligarquía y penetración extranjera en el Río de la Plata*, Peña Lillo 1965

Palacio, Ernesto, *La Historia Falsificada*. Buenos Aires: Peña Lillo, 1960

Rosa, José María, *El pronunciamiento de Urquiza*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1961

Ramos, Jorge Abelardo, *Historia política del Ejército Argentino. De la Logia Lautaro a la industria pesada*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1959

Riva, Marcos. *Sarmiento, mito y realidad*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1961.

La Revolución Libertadora en 12 meses gobierno, Buenos Aires, 1956.